

50R F-C/CAL



UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DISCURSO

LEÍDO POR EL CATEDRÁTICO Y SECRETARIO GENERAL

DOCTOR D. CARLOS CALLEJA Y BORJA-TARRIUS

EN LA

SESIÓN NECROLÓGICA

DEDICADA A LA MEMORIA DEL

EXCMO. SR. BARÓN DE BONET

RECTOR Y SENADOR POR LA MISMA

EL DÍA 11 DE ENERO DE 1914

or

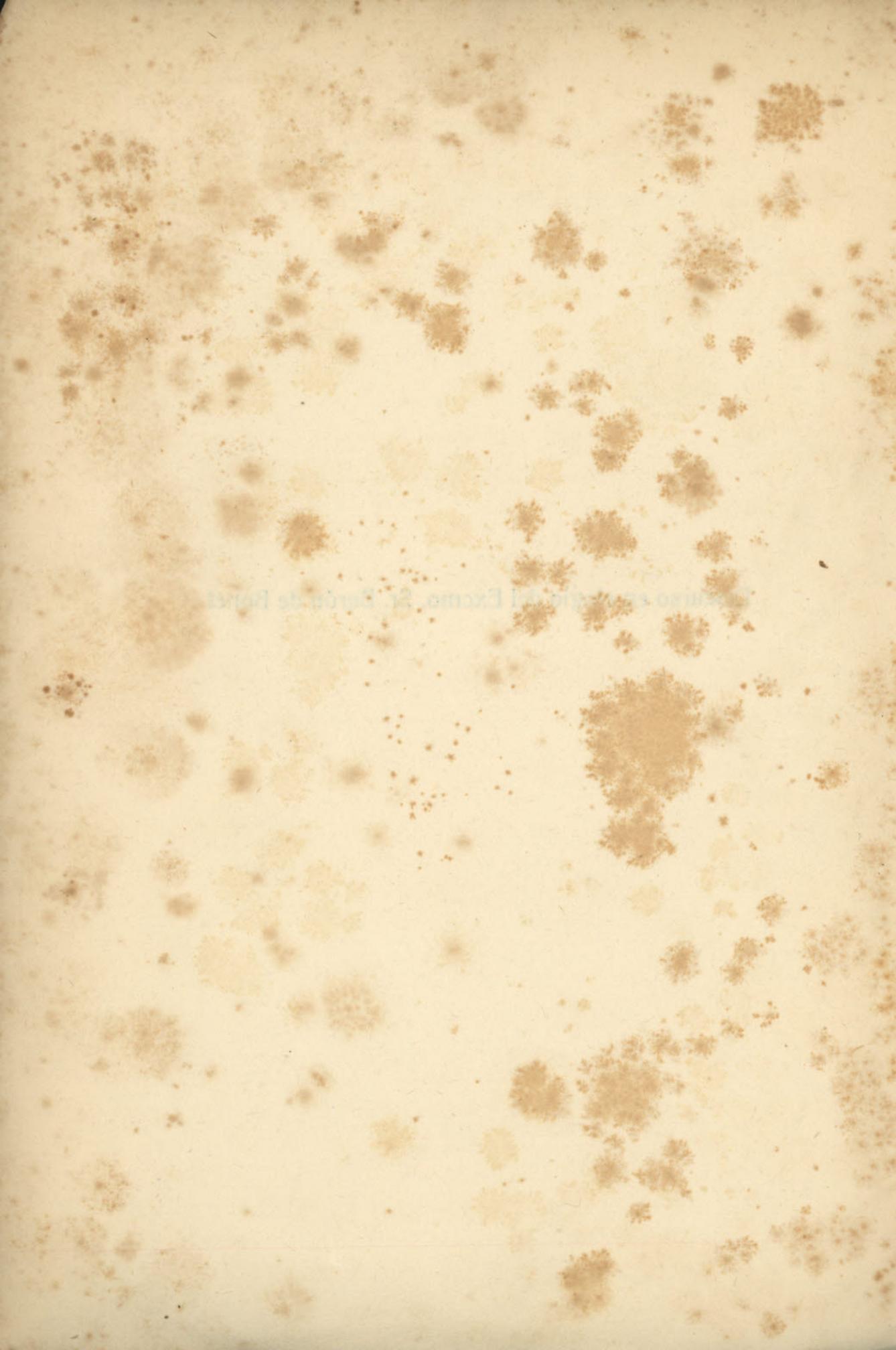
BARCELONA

J. HORTA, IMPRESOR ; AUSIAS MARCH, 28 Y 30

1914



Discurso en elogio del Excmo. Sr. Barón de Bonet



UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DISCURSO

LEÍDO POR EL CATEDRÁTICO Y SECRETARIO GENERAL

DOCTOR D. CARLOS CALLEJA Y BORJA-TARRIUS

EN LA

SESIÓN NECROLÓGICA

DEDICADA A LA MEMORIA DEL

EXCMO. SR. BARÓN DE BONET

RECTOR Y SENADOR POR LA MISMA

EL DÍA 11 DE ENERO DE 1914



BARCELONA

J. HORTA, IMPRESOR ; AUSIAS MARCH, 28 Y 30

1914

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701019214



UNIVERSIDAD DE BARRIETA

DISCURSO

del Sr. D. Juan de Borja y Borja, en el día de la apertura de la Sesión Académica de la Universidad de Barrieta, el día 1.º de Mayo de 1874.

SESION ACADÉMICA

EXCMO. SR. D. JUAN DE BORJA

DE LA UNIVERSIDAD DE BARRIETA

SECRETARIA

1874

EXCELENTÍSIMO SEÑOR;

SEÑORAS Y SEÑORES:

Es añeja y laudable costumbre en quien se encuentra en las circunstancias en que yo me encuentro en estos momentos, disculpase del atrevimiento que significa dirigirse a tan respetable y selecto auditorio, alegando para su descargo que a tal trance le llevaron, unas veces ineludible deber reglamentario, requerimiento de amistad otras, o mandatos no excusables de quien más puede o sabe, y de esta manera la modestia queda a salvo, y los que le escuchan convencidos de que el orador no trató de exhibirse a costa de tristes remembranzas.

Permitidme que rompa con esta tradicional costumbre y comience confesándoos, que si la Junta de Decanos de esta Universidad, al acordar que se tributara este justo homenaje al que en vida fué nuestro respetado jefe, ilustre compañero y amigo queridísimo, no me hubiera designado para hacer el discurso necrológico, honrándome como no merezco, hubiera sido yo el que directamente lo habría solicitado, creyendo cumplir con un deber de gratitud hacia quien tanto quise en vida y cuya memoria no se ha de apartar jamás de mi mente.

No extrañaréis, pues, que en este instante se encuentre mi ánimo en situación algo paradójica; debiera yo estar, colocándome al unísono de vuestros corazones, con el espíritu apenado respondiendo al ambiente general de tristeza que

flota en esta Universidad. No me ocurre así; por el contrario, hállome en un estado psíquico difícilmente definible; diríase que experimento la sensación de un placer doloroso, que es placer por cuanto significa la satisfacción de un deber cumplido, la exteriorización de un anhelo y la satisfacción de una deuda de amistad y cariño; y que es dolor, porque pienso que ya no está entre nosotros, quien más que jefe fué nuestro compañero en todos los momentos, aun en aquellos en los que como jefe había de mandar.

No he de recordaros, siguiendo viejas pautas, las vicisitudes y episodios de la vida del doctor Bonet, pues mucho mejor que yo pudiera hacerlo se ha hecho ya en diarios, en revistas ilustradas y profesionales, y en la velada que a su buena memoria dedicó la juventud liberal monárquica de esta capital. He de limitarme a llamar a las puertas de vuestra memoria, para que una vez éstas se hallen abiertas, entremos juntos en ella y hagamos surgir la simpática y dulce figura material de nuestro llorado compañero, junto a la enérgica, definida y bondadosa efigie moral; y de este modo le volvamos a ver cual siempre le conocimos a nuestro lado, como insigne profesor, como rector cariñoso y como representante activísimo de nuestra Universidad, tanto más querida por él, enaltecida y glorificada, cuanto más despreciada, calumniada y vilipendiada por quienes tienen por virtud la envidia, por procedimiento el hacer daño sin provecho, y por armas la calumnia y la mentira.

Pero no he de pasar adelante sin que, antes de recordar a nuestro querido amigo en esos tres aspectos de su vida externa, me detenga un poco y os recuerde que en su vida íntima tenía Bonet tres rasgos fundamentales que acusaban marcadamente su personalidad psíquica; eran éstos: una finura exquisita, un dominio extraordinario de sí mismo y una bondad sin límites. Todo el que por primera vez le saludaba, quedaba plenamente convencido de su perfecta educación, y sobre todo encantado de aquella amabilidad especial que tantas simpatías le conquistó, y que le rodeaba de aquella aureola de hombre finísimo cuya amistad se desea y se busca. Y era tal en muchas ocasiones la fuerza del ejemplo, que hombres rudos, para los que la cortesía es un estorbo, procuraban ponerse a tono con él, resultando un espectáculo digno de presenciarse, pues lo que en Bonet era una manera

suya especial de ser, y por tanto natural, en su interlocutor aparecía como ridícula caricatura que hacía asomar la risa en los labios del espectador pasivo. La fuerza de voluntad de nuestro malogrado compañero pasaba los límites de lo ordinario; buena prueba de ello fueron los últimos meses de su vida, en los que procuraba enmascarar con su bondadosa sonrisa, los estragos que los crueles sufrimientos que tenía producían en su aspecto físico; en ese lapso de tiempo, ¡qué admirable ejemplo dió de resignación! ¡Qué pocas quejas se le oyeron a pesar de las torturas materiales que le producía su terrible dolencia! En aquellos días, Bonet fué el mismo de siempre: cariñoso con todos, atento hasta la exageración y procurando constantemente no molestar, ni con sus lamentos, ni con sus exigencias, lógicas en todo enfermo. Y así murió, pensando antes en los demás que en sí mismo, rodeado de los suyos a quienes él consolaba y daba consejos para la lucha de la vida; y así se desprendió su espíritu de aquella pobre envoltura terrena, para volar a regiones donde seguramente habrá recibido el premio de sus virtudes, dejando tras de sí una estela del perfume de sus bondades, que a manera de cadena ligerísima nos dejó atados a su memoria a todos los que le conocimos, le quisimos y le admiramos en vida.

En donde más ejercitó el doctor Bonet este dominio sobre sí mismo fué en el desempeño del cargo de Rector. ¡Cuántas veces hubo de soportar con paciencia rayana en el heroísmo, las impertinencias de unos, las exigencias de otros y las insidias de los que titulándose amigos le proporcionaron más de un disgusto! ¡En cuántas ocasiones tras de sinsabores sin cuento recibía con cara placentera a todo el mundo sin que el que le hablaba pudiera descubrir ni en sus palabras ni en sus actos el más mínimo dejo de amargura! Repetidamente había sido yo testigo presencial de esos disgustos, y nunca pude menos de maravillarme al verle cambiar tan radicalmente de actitud y de fisonomía. Y estos cambios no eran producto de un afán de disimulo, no, yo que creo haberle conocido bien, y con quien él tuvo confianzas íntimas, puedo afirmar rotundamente que eran expresión de la bondad de su carácter, pues él creía que no tenía derecho a disgustar a los demás con el relato o la expresión de sus propios disgustos, y en este punto llegó,

como decía antes, hasta el sacrificio, pues no tuvo pequeña parte en sus dolencias físicas, esta continua tensión de espíritu que le hacía participar a él solo de los sinsabores que pudo repartir entre los que íntimamente le rodeábamos, y que gustosos habríamos aceptado por respeto, por obligación y por cariño. La bondad del carácter de nuestro jefe y compañero, se revelaba más que en ninguna otra ocasión en el trato con sus inferiores; jamás corrigió violentamente a nadie; nunca impuso un castigo que no fuera precedido de una paternal amonestación; ninguno podrá quejarse de que el Rector no atendiera a sus ruegos, siempre que éstos fueron justificados; procuraba dulcificar su autoridad siempre que tenía necesidad de usar de ella. Fué caritativo como pocos, pero ejerciendo esa caridad sin alardes, y, cumpliendo con el precepto evangélico, «no sabía su mano izquierda lo que daba con la derecha». Muchos estudiantes, hoy ya médicos, abogados, farmacéuticos, podrían informaros que como acudieran a él jamás quedaron sin matricularse por falta de recursos. Muchas viudas y huérfanos de los dependientes de esta Universidad, podrían decirnos cuántas necesidades satisfizo, cuantas lágrimas enjugó, y como cumpliendo con una obra de misericordia supo enterrar a los muertos, llevando así a esas atribuladas familias un doble consuelo, el de la condolencia de sus penas, y el de ver como se realizaba el último tributo a sus deudos de un modo decoroso. Es verdad que como siempre ocurre en este pícaro mundo, hubo desahogados que quisieron con desaprensión cuyo calificativo es difícil encontrar, explotar estos magnánimos sentimientos, y al ver que nuestro bondadoso amigo era bueno pero no se dejaba engañar, se dedicaron a la infame tarea de desacreditarle, tarea que encontró afortunadamente la indiferencia más grande junto al más justificado desprecio.

Fué el doctor Bonet profesor modelo, poseía en alto grado aquella difícil facilidad de transmitir lo que él sabía, que es la cualidad más estimable en quien a la enseñanza se dedica, pues no siempre los más sabios son los que mejor enseñan. El cariño que él tuvo a su cátedra se demostró en la asiduidad con que la desempeñaba; durante las vacaciones continuaba su visita diaria a la clínica, rodeado de aquellos escolares para quienes el aprender no constituye una penosa obligación, sino un placer conveniente. En el trato con los

estudiantes, con los enfermos, fué siempre el mismo: cariñoso, fino, atento, deseoso constantemente de complacer, y procurando aminorar con sus consuelos los sufrimientos físicos de las pobres albergadas en su clínica. Tuvo frecuente ocasión de demostrar lo exquisito de su proceder, respetando el natural pudor de la mujer, e inculcando a sus discípulos el convencimiento y el propósito de tratar a la más desgraciada, como si fuera la más encopetada y linajuda dama. El resultado de sus enseñanzas, bien conocido es de todos los que tuvieron la suerte de llamarse alumnos suyos, y de los que visitaron la exposición de trabajos escolares celebrada en esta Universidad no hace aún muchos años, y en la cual la instalación de la cátedra de Obstetricia llamaba justamente la atención de propios y extraños, por el número y calidad de los objetos y trabajos presentados. Su habilidad operatoria la atestiguan multitud de hechos, pero entre todos las operaciones cesáreas que realizó en el Hospital Clínico conservando la vida de la madre y el hijo, son brillante testimonio de su pericia. Era y aun es la clínica de Obstetricia de nuestra Facultad modelo de orden y limpieza, en la que el doctor Bonet quiso poner su sello personal y lo consiguió, pues al entrar en ella se tiene la impresión de lo correcto, de lo atildado, de lo pulcro. Y para que se uniera el cuidado del cuerpo con el del espíritu, costeó de su particular peculio el altar que hoy existe en dicha sala, y que tiene para todos los amantes de la cultura patria importancia histórica, pues la primera misa fué celebrada por una de las glorias más legítimas de la literatura castellana, por el eruditísimo cervantista y malgrado profesor doctor don Clemente Castejón, quien en sentidísima plática colocó una joya más en la diadema de la Virgen y en las letras hispanas.

Sería tarea inacabable relataros la labor realizada desde el Rectorado por el doctor Bonet, pues gracias a sus iniciativas, que fueron continuación, justo es decirlo, de las de sus predecesores los doctores Durán y Bas y Rodríguez Méndez, se ha cambiado el aspecto interno de esta Universidad. La influencia de nuestro llorado amigo se manifestó en dos esferas, en la espiritual y en la material. En la primera consiguió que cesaran durante dos cursos completos los alborotos escolares y que éstos entraran en las cátedras no usando de más vacaciones que las reglamentarias, labor

en la que fué eficazísimamente ayudado por el Consejo Universitario. Y esta tranquilidad moral logró conseguirla no sólo para los estudiantes, en último término más fácilmente manejables que muchos señores de mayor edad y reflexión, sino que le hizo extensiva a esferas más altas, en las que no siempre se tiene en cuenta el deplorable ejemplo que dan aquellos que deben ser modelo de templanza, sabiduría y modestia, a los que de ellos han de recibir enseñanza y advertencias. Mucho antes de que a nadie se le ocurriera, creó en esta Universidad el negociado de Información escolar, que le valió la felicitación entusiasta del que fué ministro de Instrucción pública señor Rodríguez Sampedro, quien, percatándose de la importancia social de tal institución, recomendó en circular su instauración a los Rectores del resto de la Universidades españolas. ¡Lástima grande que los interesados más principalmente en que esta institución tuviera vida próspera, procurando con su concurso que desaparecieran pequeñas deficiencias de organización, sean los que con su indiferencia glacial han hecho que arrastre vida lánguida, a pesar de que cuantos informes se solicitan se dan con la premura posible y son absolutamente gratuitos! Doloroso es confesarlo y de ello se lamentaba frecuentemente el doctor Bonet: la inmensa mayoría de los padres, no se acuerdan de que sus hijos estudian, hasta pocos días antes de los exámenes, cuando ya no tiene remedio la desaplicación o el mal comportamiento del escolar, olvidando aquel aforismo médico que dice «melius est cavere quam curare». Uno de los anhelos más vehementes de nuestro compañero y jefe, era que la Universidad se transformara en centro de atracción de todo lo que significase cultura, y así consiguió que en su recinto se dieran cursos libres de lenguas modernas, conferencias de estudios superiores, que se creara una cátedra de gramática de la lengua catalana, y ya abiertas de par en par estas puertas, vino aquí todo el que quiso venir, y no tuvo el propósito de poner la tienda de enfrente, en cuya rebotica los constantes fracasados, se dedicaran a la innoble tarea de hablar mal de lo que ellos no pudieron ni supieron conseguir. Ampliando aún más esta esfera de acción, aquí se cobijaron y aun continúan conviviendo con nosotros para mayor honra nuestra, la Real Sociedad Española de Historia Natural y la Sociedad Astronómica de Barcelona, cuyos

servicios a la cultura patria son de todos bien conocidos, como lo han demostrado la primera con sus publicaciones y excursiones científicas, y la segunda con las publicaciones, las conferencias y sobre todo con la admirable exposición de estudios lunares, asombro de propios y extraños. Pero el espíritu activísimo del doctor Bonet y su acendrado cariño a la Universidad no se satisfacía aún: él consideraba necesario que nuestro primer centro docente fuera conocido al otro lado de las fronteras, y con estos deseos comenzó la publicación del anuario en el cual puso su alma entera. No perdonó sacrificios personales, no omitió medio alguno, comprometió a todo el que se ponía a su alcance para que publicase algo en él, corregía por sí mismo las pruebas de imprenta, y cuando ya conseguía ver publicado algún tomo, de su puño y letra fueron todas las dedicatorias de cada uno de los ejemplares. Que estos trabajos dieron el resultado apetecido, lo prueba el que esta Universidad reciba hoy la publicaciones análogas de casi todas las del resto del mundo, que sean varios centenares las cartas que se conservan en el archivo del Rectorado, felicitando al Rector por la confección del anuario y firmadas por los jefes de todos los centros universitarios de la tierra, y que en la secretaría general se reciba con relativa frecuencia, cartas de hispano-americanos, ingleses, holandeses y rusos que solicitan programas de estudios y condiciones para asistir a algunos cursos, después de haber hojeado nuestro anuario en la biblioteca de sus respectivas Universidades.

Es verdad que en esta labor tuvo auxiliares decididos que cooperaron brillantemente al éxito de la publicación, pues aparte de los autores de los trabajos originales insertos, contó entre otras muchas ayudas con la valiosísima del actual jefe de nuestra biblioteca, don Manuel Rubio, cuyos admirables hallazgos en la misma han de dar en días no lejanos, testimonio de los tesoros que conservamos en esta casa que producirán aún mayor sorpresa de la que ya han producido entre los bibliófilos. Nuestro actual Rector, que es heredero legítimo de las actividades del doctor Bonet, y que tiene igual cariño por nuestra *alma mater*, percatándose de la trascendencia de tales trabajos y deseoso en este punto de continuar la obra de su antecesor, presta todo su apoyo a uno de los deseos más vehementes de nuestro difunto



compañero: tal es la publicación de la historia completa de la Universidad de Cervera, y así el doctor Carulla, alentando al jefe de esta biblioteca, cumple como bueno y demuestra lo que todos sabemos y por ello no creo ofender su modestia, que es digno discípulo y sucesor del doctor Bonet en el espinoso cargo de Rector.

Las mejoras materiales que se han llevado a cabo en la Universidad durante la jefatura del ilustre barón de Bonet no pueden ser consignadas por lo múltiples, en los estrechos límites de este discurso. Pueden condensarse todas ellas en la consecución de un solo fin: colocar decorosamente toda clase de enseñanzas para que los alumnos saquen mejor provecho de ellas, y sacrificar lo superfluo en aras de lo útil. Y a este criterio obedeció, entre otras varias reformas que no cito para no fatigar más vuestra atención, el traslado de la Secretaría general al local que ocupaban las habitaciones particulares del Rector, la construcción de mobiliario escolar nuevo para todas las cátedras con arreglo a modelos aconsejados por la moderna pedagogía, la reforma y decoración de varias cátedras, la creación de los nuevos laboratorios de Cristalografía y Técnica micrográfica de la Facultad de Ciencias naturales, la cesión de parte del local que ocupaba la Escuela normal de Maestros a la Sociedad Astronómica de Barcelona, cuando aquélla se trasladó al edificio que hoy ocupa, y cuya traslación pudo realizarse gracias a las gestiones del doctor Bonet, y finalmente obras realizadas en uno de los patios para transformarle en laboratorio para los alumnos de Química general. Todo catedrático que demandase protección al Rector para ampliar o mejorar sus enseñanzas, tenía la seguridad de conseguir su deseo, pues siempre que él dispusiera de los recursos ridículamente exiguos que tienen las Universidades en nuestro país, y aun en muchas ocasiones adelantándolos de su peculio particular, realizaba la mejora en beneficio de los escolares, que nunca agradecerán bastante lo que por ellos hizo en este terreno el doctor Bonet.

Su labor como senador, es de todos bien conocida. No fué una sola vez a Madrid que no trajera una nueva concesión o mejora otorgada a este Distrito universitario, y es que en la corte le querían por su don de gentes, por su trato cautivador y por aquella simpatía subyugadora que se desprendía de su persona, y aun los más reacios difícilmente podían

negarle lo que él pedía con aquella dulce pero tenaz solicitud. Creo que no se habrá borrado aún de vuestros corazones la gratitud que le debemos todos los catedráticos de las Universidades españolas, pues gracias a su tesón y a su aparente irreductibilidad, pudo conseguirse la reforma de nuestro escalafón, y es de justicia consignar aquí que a nadie más que a él se debió tal mejora; y hora es ya que dejen las plumas de pavo real los que con ellas se disfrazaron, y le dieron no pocos disgustos, para luego atribuirse el éxito alcanzado, que de derecho al doctor Bonet correspondía. En aquella ocasión dió muestra una vez más de la bondad de su carácter, pues hubo de soportar contrariedades sin cuento, sufriendolas con entereza y sin desmayar ni un solo instante. Bien es verdad que en esta lucha, si su espíritu pudo salir aún brioso y si cabe mejor templado, se resintió su cuerpo, y comenzaron entonces los padecimientos que en plazo no lejano habían de alejarle para siempre de nosotros.

Una de las características más simpáticas del doctor Bonet era su cariño idolátrico hacia nuestra España. Era de ver la alegría casi infantil con que él recibía la noticia de algo provechoso para nuestra patria, o se enteraba del progreso de este desgraciado solar hispano, y en cambio la indignación rayana casi en la ira, con que escuchaba todo cuanto en desprestigio de nuestro país se dijera. Para conquistarle, para ser su amigo, para conseguir algo de él, debía, el que tal pretendiera, ser ante todo buen español: el que no lo fuese, contaba desde luego con su antipatía, y no digo con su odio porque Bonet era incapaz de sentirlo.

He dejado de intento para lo último, ocuparme de su obra magna, de aquella que ocupó la casi totalidad de su vida académica, a la cual dedicó todos sus afanes, que afortunadamente se vieron satisfechos, el día en que se abrieron a la enseñanza y a la caridad las puertas de la nueva Facultad de Medicina y Hospital Clínico. Antes, mucho antes de ser Rector, Bonet consiguió, presentándose en Madrid, que fueran aprobados los planos, y ya subastada la obra e iniciada su construcción, pudo desde la Junta de la misma trabajar decididamente en provecho de ella, y de la mayor rapidez en la terminación de los edificios, que poco a poco iban adquiriendo forma. En este entusiasmo no se encontró solo, pues justo es consignar aquí la parte activísima que

nuestro malogrado compañero el doctor Giné y Partagás tomó en la construcción de la nueva Facultad. La terminación de los edificios no significó para Bonet el descanso, antes al contrario la entrega al Estado de los mismos por el contratista, inició un período de mayor actividad en sus gestiones, hasta que pudo conseguir las consignaciones necesarias para material científico y de hospital, y una plantilla de personal adecuado a las nuevas necesidades. Y así trabajó en bien de nuestra Facultad, como catedrático, como Rector y como senador, no sin tener que recorrer, antes de llegar a término, un camino sembrado de espinas y abrojos, en los que la indiferencia de los unos se emparejaba con la decidida mala voluntad de los otros, siendo lo más doloroso que no siempre fueron los extraños los que más laboraron contra la apertura de las enseñanzas en los nuevos edificios. Tuvo la suerte nuestro querido amigo de ver terminada su obra, no sólo terminada sino que además en función próspera, gracias a la energía, al talento organizador y a los desvelos de quien hoy se encuentra al frente del distrito universitario. Es pues de justicia, de estricta justicia, que el claustro de la Facultad de Medicina agrupando en torno suyo a los que fueron discípulos del doctor Bonet, haga cuanto pueda para que en breve plazo, y en el patio central de la misma se perpetúe con la erección de su busto, colocado frente al de Virgili, el agradecimiento de los médicos y alumnos al ilustre maestro, que si aquél fué el fundador de los estudios médicos en Barcelona, éste fué quien los albergó decorosamente en la suntuosa morada que hoy tenemos. Y así cuando alguien, en futuros tiempos, visite nuestra Facultad y pregunte de quién es aquella estatua y por qué está allí, podrá contestársele que la persona cuyos rasgos fisonómicos se hallan en la piedra reproducidos, fué el que nos dió aquel palacio donde habitan juntas la ciencia y la caridad.

Termino ya, perdonadme el cansancio que os haya producido; pero ahora está mi ánimo tranquilo al haber tributado este homenaje de amistad y cariño al que fué en vida, ciudadano insigne, maestro peritísimo, jefe respetado y compañero cariñoso. El disfrutará ahora del premio de sus virtudes, a nosotros nos toca imitarle teniéndole siempre presente y cumpliendo el precepto: *ora et labora*.

HE DICHO

